

2. Hay que guardar la semilla

El Catecismo de la Iglesia Católica define la virtud de la esperanza de la siguiente manera:

“La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa” (Hb 10,23). “El Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna” (Tt 3, 6-7).” (CIC nº 1817)

Creo que muchos sienten la necesidad de redescubrir la esperanza porque la situación del mundo, de la Iglesia, de nuestras comunidades, nos exige una vuelta a lo esencial, a lo que realmente nos salva, a lo que realmente salva la vida y a lo que es más precioso para la vida.

Hay un diálogo entre Don Camilo de Giovanni Guareschi y Cristo crucificado en el que no me canso de pensar y que cito con gusto. Ya saben que Don Camilo es un personaje lleno de pasión, siempre luchando por defender a la Iglesia y a las almas de las trampas de la ideología. En las historias de las que es protagonista, ambientadas en la Italia de la posguerra y en Emilia-Romaña, está siempre peleando con el alcalde comunista de su parroquia, Peppone, que sin embargo comparte con el párroco, si no las ideas, al menos una sana humanidad que acaba siempre por encontrarlos de acuerdo en buscar el bien de la gente y en particular de los más pobres. Don Camilo tiene una relación muy familiar con Jesús crucificado en el altar de su iglesia, al que acude a menudo para hablar de sus problemas. Jesús le consuela, pero también a menudo le corrige y le regaña cuando su carácter impulsivo le hace sobrepasar los límites del comportamiento tranquilo y conciliador que debe tener un sacerdote.

En uno de los últimos relatos de don Camilo, Guareschi lo describe enfrentado a los tiempos modernos, al desorden y la confusión cultural, social y moral en que se está sumiendo la sociedad, especialmente los jóvenes. Esto se escribió a finales de los años sesenta. Imagínense lo que habría que escribir hoy.

Un día, en efecto, Don Camilo se desahogó con Jesús sobre la decadencia de los tiempos. El resultado es un diálogo que puede iluminarnos sobre cómo también nosotros deberíamos y podríamos afrontar los problemas de hoy, incluso los problemas de la Iglesia y de la vida monástica:

«Señor, ¿qué es este viento de locura? ¿No es que el círculo se cierra y el mundo corre hacia su rápida autodestrucción?».

“Don Camilo, ¿por qué tanto pesimismo? ¿Habría sido entonces inútil mi sacrificio? ¿Habría fracasado entonces mi misión entre los hombres porque la maldad de los hombres es más fuerte que la bondad de Dios?».

“No, Señor. Sólo quería decir que la gente de hoy sólo cree en lo que ve y toca. Pero hay cosas esenciales que no se pueden ver ni tocar: el amor, la bondad, la piedad, la honestidad, el pudor, la esperanza. Y la fe. Cosas sin las que no se puede vivir. Esta es la autodestrucción de la que hablaba. El hombre, me parece, está destruyendo todo su patrimonio espiritual. La única verdadera riqueza que ha acumulado durante miles de siglos. Un día no muy lejano, se encontrará como el bruto de las cavernas. Las cavernas serán altos rascacielos llenos de máquinas maravillosas, pero el espíritu del hombre será el del bruto de las cavernas [...] Señor, si esto es lo que va a suceder, ¿qué podemos hacer?”.

Cristo sonrió: “Lo que hace el agricultor cuando el río desborda las orillas e invade los campos: debe salvar la semilla. Cuando el río haya vuelto a su cauce, la tierra se levantará de nuevo y el sol la secará. Si el agricultor ha guardado la semilla, podrá echarla en la tierra aún más fértil por el limo del río, y la semilla dará fruto, y las espigas hinchadas y doradas darán a los hombres pan, vida y esperanza. Hay que salvar la semilla: la fe. Don Camilo, debemos ayudar a los que aún tienen fe y mantenerla intacta. El desierto espiritual se extiende cada día más, cada día nuevas almas se marchitan porque han abandonado la fe. Cada día más hombres de muchas palabras y sin fe destruyen el patrimonio espiritual y la fe de los demás.” (Giovannino Guareschi, *Don Camillo e don Chichì*, in *Tutto Don Camillo*. Mondo piccolo, II, BUR, Milano, 2008, pp. 3114-3115; nuestra traducción)

Aquí, esperanza significa precisamente esto: salvar lo esencial, salvar lo que permite que la vida y el sentido de la vida vuelvan a resurgir, a levantarse después de cada muerte y destrucción, después de que todo parece hundirse porque aguas amenazadoras y turbias se alzan violentas sobre nuestra vida tranquila y cotidiana, en la que todo parecía transcurrir sin problemas, en la que pensábamos que vivir la fe era sencillo, sin contradicciones.

Pero si vivimos en la esperanza, se nos regala una experiencia que no nos parecía posible: que aquellas aguas que lo cubrían todo, que tal vez lo barrían todo, nos ayudaron a hacer lo que Dios realmente quería de nosotros: vivir de la fe, vivir apegados a lo esencial, a lo que verdaderamente promete fecundidad a la vida. La vida es fecunda no cuando tenemos los graneros llenos de grano para consumir, sino cuando conserva y transmite las semillas para sembrar, las semillas que transmitirán, incluso después de nosotros, la vida, la fe, el amor a Cristo y a la humanidad.